

¿Qué se ha perdido?

(Jueces 10; 11)

El libro de Jueces continúa, e igual lo hace la vorágine descendente en la que está siendo revolcado Israel. En los capítulos diez y once, se repite el ciclo en el que se suceden el alejamiento de Dios, la exposición al peligro de ser conquistados, el clamor a Dios y la liberación.

TOLA Y JAIR

Después de la muerte de Abimelec, Israel fue dirigido por dos jueces, sobre los cuales es poco lo que se conoce. (¡Sus nombres son buenas preguntas para una competencia de conocimientos bíblicos!) Puede ser que al primero, a Tola, lo recuerde el estudiante de Biblia de habla hispana, como uno que proviene de una familia con nombres poco atractivos (Tola hijo de Fúa, hijo de Dodo). Éste dirigió a Israel veintitrés años.

El siguiente juez, Jair, está relacionado con el número treinta. (Tuvo treinta hijos, que cabalgaban treinta asnos; y tenían treinta ciudades.) Dirigió a Israel veintidós (no treinta) años.

LA VORÁGINE CONTINÚA

«Los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos de Jehová, [...]» (10.6). Como era de esperar, cuando los israelitas comenzaron a servirles a los dioses de las naciones vecinas, Dios se encendió en ira contra ellos y los entregó en mano de sus enemigos, que esta vez eran los filisteos y los amonitas. También era de esperar que su angustia los hiciera volverse a Jehová, clamando por la liberación. Al comienzo, Dios les dijo que clamaran a los nuevos dioses de ellos, para que los librarán de sus apesadores. Sin embargo, el pueblo confesó su pecado, quitó sus ídolos, y

Dios «fue angustiado a causa de la aflicción de Israel» (10.16).

La siguiente ocasión en que los amonitas reunieron su ejército en Galaad, Israel estaba preparado para la batalla. Se reunieron en Mizpa, listos para pelear contra los que habían sido sus opresores durante dieciocho años —pero había un problema: ¡Israel no tenía un comandante! Habían reunido un ejército, pero no tenían quién los dirigiera en batalla. Los líderes de Galaad, incluso, presentaron un plan de incentivos para atraer al mejor candidato para el puesto. Anunciaron: «¿Quién comenzará la batalla contra los hijos de Amón? Será caudillo sobre todos los que habitan en Galaad» (10.18).

EL RECLUTAMIENTO DE JEFTÉ

Muy al norte de donde se encontraba el ejército israelita en Mizpa, vivía Jefté, poderoso guerrero con un trágico pasado. Él mismo era, originalmente, oriundo de Galaad, y era hijo de un hombre llamado Galaad, y de una prostituta con la cual Galaad nunca se casó (11.1). Cuando los hijos de la esposa de Galaad crecieron, vieron en su mediohermano una amenaza a su herencia y lo echaron de la tierra. Después de haber huido a tierra de Tob, Jefté se convirtió en el líder de una banda de «aventureros» (NVI) o «forajidos» (NRSV).

Cuando el pueblo de Israel descubrió que estaban a punto de enfrentar una batalla sin contar con un general, se les vino a la mente el nombre de Jefté. Aunque de ascendencia escandalosa y estilo de vida infame, poseía la cualidad que precisamente andaban buscando: Él sabía como librar una guerra. Tragándose su orgullo, los ancianos de

Galaad anduvieron los ochenta kilómetros que los separaban de Tob, para ir a reclutar a Jefté para la batalla contra los amonitas.

Cuando los ancianos le presentaron su petición, en el sentido de que regresara y dirigiera el ejército de Israel, Jefté reaccionó, como era de esperar, con resentimiento. «¿No me aborrecisteis vosotros, y me echasteis de la casa de mi padre? ¿Por qué, pues, venís ahora a mí cuando estáis en aflicción?» (11.7). Los ancianos le ofrecieron a Jefté lo que nadie más había estado dispuesto a aceptar. Le dijeron: «Por esta misma causa volvemos ahora a ti, para que vengas con nosotros y pelees contra los hijos de Amón, y seas caudillo de todos los que moramos en Galaad» (11.8). Tal vez porque no creyó en el ofrecimiento de ellos, o porque quiso que lo dijeran de nuevo, Jefté les pidió que repitieran su propuesta. Les había entendido perfectamente, y Jefté, el proscrito hijo de una prostituta de Galaad, ¡regresó a Mizpa como comandante del pueblo de Galaad, y del ejército de Israel!

LA OPCIÓN DIPLOMÁTICA

Aunque como soldado era capaz, y estaba dispuesto a pelear, Jefté prefirió dirimir la disputa con los amonitas en la mesa de negociaciones. Su primer acto oficial consistió en enviarle mensajeros al rey de los amonitas para pedirle explicaciones por su ataque a Israel. La respuesta que le trajeron a Jefté fue que los amonitas deseaban que les fuera devuelta la tierra que Israel les había quitado trescientos años atrás, cuando salieron de Egipto. Jefté respondió con una extensa defensa del derecho que tenía Israel sobre la tierra de Galaad (11.15–27). Arguyó que Israel había tomado la tierra de los amorreos, no de los amonitas, y que además, Jehová, Dios de ellos, se la había dado. El intercambio diplomático demostró ser infructuoso, y la guerra entre los amonitas y los israelitas llegó a ser una realidad.

EL GUERRERO Y SU VOTO

El Espíritu de Jehová vino sobre Jefté y éste atravesó como un huracán el territorio hasta llegar a los amonitas (11.29). Fue a estas alturas que cometió el peor error de su vida, le hizo un terrible voto a Dios. Juró delante de Él:

Si entregares a los amonitas en mis manos, cualquiera que saliere de las puertas de mi casa a recibirme, cuando regrese victorioso de los amonitas, será de Jehová, y lo ofreceré en holocausto (11.30–31).

Después de haber hecho este trato con Dios, Jefté fue a la batalla. Su campaña militar contra los amonitas fue un resonante triunfo, porque «Jehová los entregó en su mano» (11.32). No había terminado, cuando ya veinte ciudades amonitas habían sido destruidas, y Amón había sido sometido.

El nombre de Jefté quedó así limpio, y él se convirtió en un héroe militar, y fue proclamado gobernante de Israel. Debió haber sido el mejor día de la vida de Jefté; sin embargo, resultó ser el peor. Cuando venía a casa victorioso, la primera persona que salió de la puerta a recibirle —la que había prometido sacrificar— fue, ni más ni menos, que la persona más preciosa de su vida, su hija, ¡su única hija! El momento más glorioso de Jefté, se convirtió en el más funesto. Cuando ella salía de la puerta, danzando alegre y despreocupadamente por la victoria, Jefté, saboreó por primera vez aquel día, la amarga hiel de la derrota. Su corazón se le heló cuando el recuerdo de su voto le brotó dolorosamente de su cerebro. Clamó: «¡Ay, hija mía! en verdad me habéis abatido, y tú misma has venido a ser causa de mi dolor; porque le he dado palabra a Jehová, y no podré retractarme» (11.35).

A partir de ese momento la historia es narrada con eficiencia, con pocos detalles que describen la pesadilla de un padre atrapado entre su arriesgado voto y su desesperado amor por su único retoño. La hija de Jefté aceptó con serenidad su destino, consciente de que su padre le había hecho voto a Dios, y de que estaba obligado por su honor a cumplirlo. Su única petición fue que se le concedieran dos meses para ir y descender por los montes a llorar su virginidad. Jamás se casaría ni tendría hijos, y Jefté jamás tendría nietos. Su vida, tan llena de potencial, sería recordada para siempre como el cumplimiento de un voto. Las Escrituras casi que nos cubre el rostro ante una escena demasiado espantosa para mirarla. «Pasados los dos meses volvió a su padre, quien hizo de ella conforme al voto que había hecho» (11.39).

Por supuesto que un héroe veterotestamentario, jamás hubiera ofrecido corporalmente a su hija «en holocausto». ¿No habría intervenido Dios, tal como lo hizo cuando Abraham casi sacrifica a su hijo Isaac? (Vea Génesis 22.1–14). Él hizo voto de que ofrecería en holocausto a cualquiera que saliera de las puertas de su casa cuando regresara victorioso (11.30–31), y el texto dice sencillamente que él «hizo de ella conforme al voto que había hecho» (11.39). O la ofreció en holocausto, o la consagró para el servicio perpetuo. Es difícil de determinar

qué fue exactamente lo que hizo.¹

Jefté se sobrepuso a difíciles circunstancias, sobre las que no ejercía control alguno, para llegar a ser un gran líder. Aun ante la calamidad personal de perder a su hija, demostró ser alguien que cumple sus promesas. Esto es aún más impresionante cuando lo vemos a la luz de la incapacidad de Israel para cumplirle su palabra a Dios. En realidad es bastante lo que tiene digno de admiración este hombre. Se le menciona en Hebreos 11, como un héroe de fe.

¿Y QUÉ DE NOSOTROS?

Si el pueblo de Israel se dejó llevar lenta, pero seguramente, por la manera de pensar de los cananeos acerca de Dios, ¿cómo estarán influyendo corrientes parecidas en las vidas de los cristianos que vivimos en medio de las culturas paganas de hoy día? ¿Qué actitudes hacia las personas, hacia la historia y hacia Dios, habremos adoptado inconscientemente de la tierra? El dolor de Jefté es otro de los llamados que le hace el libro de Jueces a la iglesia de hoy día. ¿Qué se nos ha olvidado acerca de Dios? ¿Qué verdades se han perdido en nuestros tiempos? Reflexionemos sobre algunos pocos indicadores del peligro de olvidar algunas

¹ John L. Kachelman, Jr., en su obra *Studies in Judges (Estudios de Jueces)* (Abilene, Tex.: Quality Publications, 1985), hizo un resumen de los principales argumentos a favor y en contra de que Jefté hiciera un sacrificio humano literal.

A favor de la opinión en el sentido de que fue un «sacrificio humano» literal, están los siguientes argumentos (p. 111): 1) Aquellos eran tiempos de anarquía e indiferencia para con Dios; así que no había escrúpulos para el holocausto literal. 2) Jefté creció rodeado de influencias paganas, las cuales recomendaban el sacrificio de seres humanos a los dioses. 3) La palabra hebrea «holocausto» se usa en el mismo sentido de matar. 4) Si Jefté podía matar a sangre fría a 42.000 congéneres israelitas, bien podía ofrecer a su hija. 5) La palabra «endechar» (vers.^o 40) parece entenderse mejor como: «relatar», insinuando que su obra de traición era relatada anualmente. 6) El texto refiere que él «hizo de ella conforme al voto que había hecho» (vers.^o 39). Esto es señal de que realmente la sacrificó. 7) El gran dolor de Jefté es señal de que él iba a matar a su hija. 8) Un punto que es importante recordar, fuera del texto, es que hasta la Edad Media, por lo general se entendió que Jefté mató a su hija. Así, el grueso de los historiadores eclesiásticos primitivos que están más cerca de aquel período, concuerdan con la conclusión en el sentido de que Jefté literalmente ofreció a su hija en holocausto.

A favor de la opinión en el sentido de que Jefté consagró a su hija al servicio perpetuo a Dios, están los siguientes argumentos (pp. 111–12): 1) Los sacrificios humanos eran contrarios a la ley de Dios (Levítico 18.21; 20.2–5; Deuteronomio 12.31). 2) Aunque la palabra hebrea para «holocausto» significa normalmente «ofrenda quemada», ella puede usarse para denotar completa consagración a Dios. Así, Jefté ofreció su hija para el servicio

importantes verdades espirituales, peligro en el cual nosotros también nos encontramos.

El honor de los gobernantes en una cultura de irrespeto

Oí al ex vicepresidente de los Estados Unidos, Dan Quayle, dar un discurso en la Harding University. La impresión más grande que me causó aquella noche, fue la manera tan respetuosa como se refirió al cargo de Presidente. Aunque no sentía gran inclinación por el Presidente actual, siempre se refirió a él con gran deferencia. El mandato dado a los primeros cristianos constituye un recordatorio de la importancia de tal conducta: Aun en tiempos cuando todavía reinaba Nerón, el demente del siglo primero, a los cristianos se les mandó «someterse» a las autoridades, y «honrar al rey» (1^{era} Pedro 2.13–17). ¿Es nuestro irrespeto hacia los líderes de gobierno una sutil señal de que estamos adoptando los valores que nos impone la sociedad y no los que enseñan nuestras Biblias?

El temor de Dios en una cultura de incredulidad

Nadie tiene que convencernos de que la ecuanimidad del discurso, que se habla en nuestra sociedad, se está perdiendo a un espantoso ritmo.

perpetuo en el tabernáculo, donde toda su vida fue virgen. 3) La conjunción de 11.31, puede traducirse por «o» (tal como en la NASB), dando a entender así, que Jefté se proveyó de una opción en caso de que un ser humano saliera primero. Él haría una de dos: Dedicaría al ser humano al servicio a Dios O ofrecería al animal en sacrificio a Dios. 4) Las palabras hebreas del versículo 40, pueden traducirse así: «Las hijas de Israel iban todos los años a hablar con la hija de Jefté, es decir, a compadecerse de ella, lo cual hacían cuatro días en el año». 5) La ley estipulaba una forma para que Jefté se pudiera eximir de su impulsivo voto. Podía redimir a su hija por una suma de dinero, y así liberarla (vea Levítico 27). 6) A Jefté se le puso en la «Galería de ciudadanos ilustres de la fe» (Hebreos 11.32), y no se concibe que él estaría en esa lista si hubiese cometido tan ignominioso pecado.

Una completa argumentación a favor de la opinión en el sentido de que se hizo un «sacrificio humano», puede encontrarse en *Jueces* en la serie Tyndale Old Testament Commentary (Arthur Cundall [Downer's Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1968], 146–49) y en *Jueces* en la serie Pulpit Commentary (A.C. Hervey [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950], 125–30).

Una completa argumentación a favor de la opinión, en el sentido de que se hizo un ofrecimiento al «servicio perpetuo», puede encontrarse en *Josué, Jueces, Rut, 1^{ero} y 2^o Samuel*, en la serie Keil-Delitzsch (C.F. Keil y F. Delitzsch. Trans. James Martin [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., n.d.; reprint, 1978], 385–95); en el 1961 *Teacher's Annual Lesson Commentary* (Gospel Advocate series [Nashville, Tenn.: Gospel Advocate Co., 1960], 111–14); y en *Encyclopedia of Bible Difficulties (Enciclopedia de dificultades bíblicas)* (Gleason, L. Archer [Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1982], 164–65).

Todavía es parte de la voluntad de Dios para nosotros, que le tengamos reverencia a Su persona; sin embargo nos encontramos rodeados por entretenimiento e, incluso, por conversación intrascendente, en los cuales, para manifestar sorpresa, se usa el nombre de Dios en vano. Tal manera de hablar se oye a menudo dentro de las paredes de hogares cristianos, cuando invitamos a los paganos del vídeo a entretenernos por la noche. En el ámbito de nuestra cultura popular, la expresión «Jesucristo», se oye más a menudo como sustituto de una palabrota, que como confesión de Su señorío. Nuestras propias palabras nos condenan cuando decimos: «Oh, supongo que no me daba cuenta». ¿Estará nuestra cultura absorbiéndonos?

La permanencia del matrimonio en una cultura de conveniencia

Muchos que pasan de cuarenta años de edad, pueden recordar un tiempo cuando ni siquiera conocían a una persona divorciada. Hoy día, la mayoría de los niños necesitan que sus padres los tranquilicen, diciéndoles que ellos no se van a divorciar, y tienen que hacerlo porque están creciendo dentro de una cultura en la que el divorcio es frecuente. Hubo un tiempo cuando el rótulo que decía: «Alquilamos anillos de matrimonio», pudo haber sido una broma; pero hoy día, por desgracia, tiene mucho de serio. El escándalo que se da dentro de la iglesia, es que los cristianos se están divorciando a una misma tasa que el resto de la sociedad.² El faltar a un compromiso que se hace para toda una vida, es señal de que se está atendiendo más a la cultura que a Dios.

La gran comisión en una cultura en la que priva el interés personal

¿Cuál es su actitud ahora mismo para con las misiones al exterior? ¿Cuál es la actitud de su congregación? ¿Fueron estas actitudes el resultado del estudio de las Escrituras, o de la predisposición

² George Barna, *The Future of the American Family (El futuro de la familia estadounidense)* (Chicago: Moody Press, 1993), 70.

Barna escribió: «Llama la atención que la vida religiosa de la pareja casada tiene una influencia directa en la posibilidad de que termine en divorcio, pero la relación no es tan fuerte como en el pasado. De hecho, los más recientes estudios señalan que la gente que profesa alguna confesión religiosa, que tiende a oponerse más vigorosamente al divorcio —los protestantes y los evangélicos— en realidad están más expuestos que otros grupos a una separación marital. Lo más sorprendente es que los evangélicos representan el 12 por ciento de la población adulta, y el 16 por ciento de la población divorciada».

de una cultura que clama por: «¡Los Estados Unidos primero!»?

El permanecer arraigados a Cristo en una cultura adicta a lo nuevo

A la gente no le gusta «la misma cosa de siempre». Damos por sentado que todo debe cambiar. En consecuencia, algunas conversaciones que se dan dentro de la iglesia hoy día, más parecen salidas de un libro de mercadeo, que de la Biblia. Enfrentando una situación parecida, que se estaba dando dentro de la iglesia de Colosas, donde lo «nuevo» y lo «reciente» eran más atractivos que lo «verdadero», Pablo escribió:

Colosenses 2.8–10

Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad, y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad.

La fascinación de la sociedad con los nuevos dioses, y las nuevas costumbres, puede influenciarnos a todos nosotros. ¡Sólo pregúntele a Jefeté!

CONCLUSIÓN

La tragedia de Jefeté puede tener un gran impacto en nosotros, hoy día. Puede hacernos tomar la determinación de escudriñar más que nunca las Escrituras, en busca del conocimiento de Dios. Puede hacer que algo antiguo y ordinario, como la escuela Bíblica, cobre la energía y la importancia de un curso de supervivencia. Puede recordarnos la necesidad de hacernos la dolorosa pregunta: «¿Qué sé realmente de Dios, y qué es lo que sencillamente he recibido de otros?». ¡Puede hacer que nos enfrente a la muy real posibilidad de que nuestra religión se haya contaminado con el «smog» espiritual que continuamente se agita por todo este mundo cada vez más pagano! ■

¿Cómo es su religión?

Para muchos la religión es como...

- Un grifo —el cual se abre cuando se necesita.
- Un autobús —al cual subimos cuando va en la misma dirección que vamos nosotros.